

vida, que oficiando cierta mañana en Querétaro le reveló el Señor el castigo que bajo la forma de un terrible incendio descargaba á tal punto sobre la ciudad de Méjico. El P. Pazos lo manifestó así al pueblo y habiéndose notado día y hora resultó luego exacta la profecía.

Positivamente, el Rdo. Fr. Andrés de Pazos y Montecelo, no tuvo jamás revelaciones respecto á pintura, puesto que el regalado por él es detestable.

Otro tanto puede decirse de todas las esculturas, santos ó relieves de la iglesia, esceptuando una efigie,—dos tercios del natural—de S. Francisco, reservada ahora para las procesiones parroquiales y que, si no vino de Roma, acusa por su suave melancolía el poético cincel de Ferreiro.

Una alta y mediana reja de hierro sobre la cual se destaca un crucifijo, corta la nave mayor bajo el crucero; y en el coro cerrado por celosías, permanece aun el esqueleto de un órgano. Tal es la iglesia.

El convento, propiamente dicho, se compone de cuatro cuerpos que determinan un paralelógramo, y está circundado en la parte exterior por un foso que le preserva en el invierno de las aguas lloviznas que descienden de las alturas inmediatas. En el interior y en la planta baja se hallan el refectorio, la cocina, una capilla ruinosa, orientada por cierto, y que dicen ser la primitiva, dos claustros y otras diversas y desmanteladas dependencias.

El refectorio, extenso y rectangular, pese á la avenida de 1874 que lo inundó, se conserva casi íntegro con sus mesas y bancos de madera, el púlpito de piedra y sus siete cuadros de S. Rafael, S. Conrado, Sta. Inés, etc. igualmente malos todos. Entre ellos el del testero, lienzo apaisado de grandes dimensiones que lleva al pie una fecha: 1703, y una inscripción: «Capítulo de las esteras,» sorprende y desorienta á los visitantes seculares, ó no seculares. Varios ángeles, no nada hermosos,

y dos ó tres legos, menos hermosos todavía, sirven flores y manjares á los religiosos mendicantes congregados en torno de una mesa que preside un dominico.

Ahora bien, pocos años después de la institucion de la órden, quiso reunir San Francisco en Asis el primer capítulo general, y allí concurren mas de diez mil hermanos que acamparon al aire libre en barracas de ramaje y pabellones de esteras. Sto. Domingo que regresaba en tal época de Roma, asistió al capítulo y presidió la frugal refaccion, nueva pasena, dé vuelta de la cual se dispersaron otra vez todos, para continuar en cruzada de caridad, por el mundo. A este suceso alude el cuadro, cuya sana intencion no abona el extravagante dibujo y abominable colorido. En 1703 debian atesorar las mejores obras de Murillo, Velazquez, Zurbarán y Ribera, los conventos de España; mas segun parece, así los monges como los misioneros de Herbon, vivian demasiado lejos del mundo civilizado, puesto que hasta tal extremo carecian del gusto y sentimiento del arte.

El claustro viejo, antiguo cementerio de los frailes, no obstante la rústica simplicidad de sus arcos revestidos de celosía, conmueve hondamente el corazón... de aquellos que lo tienen. En su interior ha crecido una lozana vegetacion de enredaderas, malvas locas, zarzas y sauces, hacen nido los pájaros, y habita el genio melancólico de la muerte y de las ruinas. Bien deben reposar allí los muertos.

Pertenece al órden toscano el claustro nuevo, que ostenta en sus paredes grietas los quince signos del via-crucis y en el centro del patio un elegante crucero de granito.

En la parte alta del edificio se dilatan varias crugias, cuyo pavimento es de corcho, y á las cuales abocan numerosas celdas. Toda ella, oscura, estrecha y triste, escepto la antigua enfermeria donde se alojan hoy en sus raras visitas los arzobispos de la diócesi, se arruina á mas andar y se desmoronará tal vez en breve. Hacia

el N. hállase la biblioteca que contiene desparramados por los suelos gran copia de infolios y octavos, si bien sus mejores libros han logrado en Santiago puesto seguro; dánle escaso aire y luz las tres rejas que caen sobre el átrio.

Y por último, en la escalera principal espaciosa y vulgar como el resto, hay un Cristo de mediana ejecución y tamaño natural, adosado contra el muro.

He aquí, prescindiendo de detalles y accesorios, el perfil del monasterio.

No radica su hermosura ni la influencia que ejerce sobre el ánimo, en la unidad de arquitectura ó la riqueza del adorno, sino en el apartamiento salvaje del lugar, en su silencio mortuorio, en su pobreza misma. Cuando se deja atrás la risueña é incomparable vega de Iria y cerca del severo despojo, se convierte de pronto el amplio paisaje en limitado y abrupto horizonte, el alma saborea con fruición tan brusco contraste y sacuden los pies con soberano desdén el polvo de la tierra.

Al llegar al pórtico de la arruinada mansión, perdida en la espesura, los desventurados de hoy, mas desventurados que los de ayer, suspiran por un retiro que no encontrarán jamás, presumiendo que en él habría de lograr consuelo toda ansiedad ó pesadumbre. Los dichosos presienten que tal vez un día no lo serán y que no habrá entonces para ellos un rincón escondido y discreto donde puedan llorar, gemir ó blasfemar á solas.

Unos y otros, echando en olvido grotescas ó tremendas realidades del pasado, sin considerar que si estuviese habitado el convento se apartarian de él con noble orgullo, sienten primero envidia, un blando sosiego después, y al tornar al claustro bajo, hecha ya la conmovedora visita, leen de nuevo con profunda emoción aquel simbólico terceto:

«Id, pobres, á San Francisco,
sin recelo á pedir pan,
que en cinco puertas lo dan »

No vayais á Herbon, vosotros los que

solamente buscáis hermosos cuadros ó grandezas arquitectónicas; nada encontraréis allí, ni siquiera una leve ojiva, resto de los primitivos tiempos. Quedaos en Santa Maria, la vieja iglesia parroquial cercana, que cautivará vuestra admiración con su purísimo ábside románico, circundado de fantásticas grecas y canecillos.

Id, vosotros, espíritus desolados y contemplativos, id á Herbon, que él se asociará á vuestras amargas aliviándolas.

Cuando se sufre, nada consuela tanto como observar en los demás el aspecto del sufrimiento, y el pobre monasterio esta bien taciturno, bien acabado y bien triste.

No tiene la poesía armoniosa de las líneas, pero si la mas verdadera del aislamiento, de la vejez del desamparo.

Así que hayais recorrido crujiás y celdas sin oír siquiera el rumor de las pisadas que ahogará el pavimento de corcho, bajareis al huerto cast inculto, por el fondo del cual se desliza calladamente el Ulla, manso Leteo cuyas aguas producen el olvido. Y os causarán indecible sensación de reposo y frescura el murmullo monotonó de la fuente solitaria y la vista de naranjos y limoneros enlazados por la vid silvestre, del laurel, del pino manso, del cedro, eternamente verdes, que vegetan en paz entre fresnos, castaños negrillos y alcornoques.

Acercaos en fin á la real palmera que se cimbreá en el centro, como legitima señora de aquel imperio caído.

Juan Rodriguez de la Cámara, el insignie trovador y cronista, nacido en Padron y compañero de Macías, la trajo de Jerusalem, la plantó y cuidó de ella con sus gloriosas manos.

¿Conoceis la amarga historia?

El poeta amó y fué amado por una reina.

Al verse privado, acaso por su culpa, de este supremo bien que le servia de alimento y gloria, comprendió que para él todo se habia consumado, y entrando en religion partió resueltamente á Palestina.

Pero como aun en tierra santa oyese la voz tempestuosa de sus pasiones y no pudiese recabar el codiciado descanso, creyó sin duda mas eficaz y salútilero el profundo yermo de su pais natal y vino á perderse en Herbon bajo el sayo burdo de S. Francisco. Austero penitente, murió segun la tradicion asegura muy anciano, y en sus postreros años sentábase á meditar al pié de la joven palmera que habia sido su último amor en el mundo.

Sentaos tambien vosotros.

Si por ventura no tiene allí su sepulcro Juan Rodriguez, por lo menos vaga en torno de ella su sombra, y la consolareis y os consolareis haciéndole piadosa compañía.

ALFREDO VICENTI.

UNA GETA.

Párrafo I.

EL ANTEOJO.

Rayaba una hermosa aurora de agosto. El mar se distinguia ya del cielo, y las estrellas se habian apagado. Era ya aquella hora en que hay luz en el mundo, vida en la naturaleza, agitacion en los campos, ruido y cánticos en las arboledas, y en la mansion de los hombres sueño y silencio aun. Pero aquella mañana los hombres habian despertado primero que las aves, el pueblo de las aldeas vagaba por las campiñas ante los ganados, y las hermosuras del campo y las damas lindas de la villa, se habian engalanado antes que las rosas sacudiesen el rocío, y abriesen sus lozanos pimpollos. Salen antes que el sol las tueste, antes que el calor sofocante de agosto las fatigue. La religion las llama, el placer las espera..... van á una romería

En un delicioso valle de nuestras costas septentrionales, donde el ignorado Landro desemboca en el Océano, se eleva un alto cerro que domina el valle, el rio, la villa y el mar. No puede llamarse colina; es mas alta, es una pirámide inmensa, terrible, gigantesca, que arrancand perpendicularmente de la fértil ribera y sus amenos vergeles, termina allá en una region donde no hay árboles ni flores, ni otros objetos que aliagas, brezos y rocas. La última roca es una ermita y la rodea una pla-

zuela plana y escueta que corona el monte. Allí suele á veces sentarse el génio de la tempestad, y parar su carro negras nubes: allí ruga el trueno, y de allí se precipita el huracan. Pero aquella mañana la ermita brillaba como la veleta de una torre; las bellezas trepaban por donde descenden los torrentes, los trajes de la multitud que subia por todas las sendas parecian flores que tapizasen aquella gran roca, y el pico de las tormentas se habia trocado en un vasto salon de fiestas.

Cubrianle por todas partes tiendas y pabellones donde se ofrecian agradables manjares, y mesillas con tientos de flores. Sembraban el suelo mil canastillos de frutas. Sonaban tamboriles, dulzainas é instrumentos rústicos. Habia bellas damas, hermosas aldeanas, agraciados jóvenes, y alegría, y amor, y un aire puro, y un cielo claro, y un sol que nacia tan despejado, tan brillante, tan alegre, que parecia palpitar de placer, y acudir tambien á la fiesta. Pronto se inflamaron estos combustibles, y el entusiasmo de la alegría hace de ellos una sola hoguera. El toscó violin rechina, la gaita suena, la pandereta zumba, los ciegos cantan, los chicos gritan, los aldeanos dan alaridos, y se forman corros, y comienzan los bailes. Los mancebos de la aldea se mezclan con un inocente orgullo con las damas; los jóvenes de la villa toman sus parejas entre las aldeanas; y en aquellas rústicas saturnales, todos se confunden, rien, danzan, juegan, retozan y brindan. Pero el encanto de esta escena es inesplícable. Aquella multitud regocijada al rededor de un santuario, sobre la plataforma un pico altísimo, teniendo á sus pies los campos, y los mares; aquella isla aérea de placeres; aquellos corazones puros para quien la religion es un festejo, parecian no pertenecer á la tierra. Los espíritus tenían allí cierta actividad sobrenatural, la alegría cierta dulzura celeste, la belleza un aire angélico que embotaba el ardor de las pasiones; y del fondo del valle aquella reunion cuyos movimientos, se veian distintamente, pero cuyas voces no podian oirse, parecia un cuadro ideal, una vision milagrosa.

Entre los jóvenes de la villa, á quienes hacia salir de su esfera el placer de aquel espectáculo, ninguno mas entusiasmado, ninguno mas ébrio que el gallardo Luciano. Su airosa estatura descollaba por todas partes; sus pies ligeros bullian en todas las danzas; su voz sonaba con placer en los oidos de todas las hermosas; y todos los ojos se fijaban en él con el cariño que siempre inspiraba, y con cierta extrañeza que infundia aquella mañana. Veíase en efecto casi enloquecido á un joven naturalmente serio y pensador. Sus ojos, siempre decaidos y melancólicos, chispeaban con una vivacidad extraor-

dinaria; sus labios, comunmente silenciosos brotaban un torrente de expresiones: y las tiernas doncellas, que suspiraban en vano por atraer su cariño, se veian requiebradas de repente, y alucinadas por la impetuosa elocuencia de su entusiasmo. El mismo estrañaba su transformacion, y no podia contenerse en aquel torbellino. Su carácter fijo, é intenso se habia hecho por un momento la inconstancia misma. Corria á todas partes; revoloteaba por entre las bellas como el céfiro por entre las flores; bailaba con unas; abrazaba á otras; pero las dejaba á todas. En medio de su alegría ninguna le fijaba ni le complacia. Su contento brotaba de su corazon mismo, no de los corazones que le rodeaban. Alguno habia allí que le adoraba, y él lo sabia. Procuraba entretener á su amante; pugnaba por hacer de la gratitud correspondencia; pero al fin se disgustaba y huia: el amor es una tristeza continua y aquella mañana su pecho no queria mas que movimiento, estruendo, alborozo.

Se fatiga un instante, y se sienta para reposar cerca de un corro de aldeanas. La roja esclavina que cubre el seno de aquellas jóvenes, fija un momento sus ojos, y en aquel momento una memoria pasa por su fantasia; su corazon da un latido violento, sus ojos lanzan en derredor una mirada penetrante é indagadora, y exhálase de su pecho un involuntario suspiro, un suspiro de amor, de aquel amor que tenia, de aquel amor que entonces mismo esquivaba.

¿De dónde viene este impensado golpe? ¿Por qué aquel estremecimiento repentino? ¿Dónde está el norte de aquella oscilacion magnética? ¿Está ausente su adorada? ... ¿Alguna hermosa quedó rezagada en la poblacion?..... No: todas están allí. ¿Suspira en vano por alguna que venga su sexo, siendo ingrata á su cariño? No. . . La pasion de su amante es aun mas intensa que la suya. ¿No puede hablarla, no puede estar á su lado? ¿Le separa de su querida algun obstáculo insuperable? No. . . Para aquella noche le ha dado una cita. ¡Ah! esta sola idea basta para turbarle. La mas terrible de todas las inquietudes es la esperanza de un placer que se cree seguro. Luciano siente en aquel momento esta palpitacion, á la vez tan cruel y tan deliciosa. La vista de su amada le hubiera tranquilizado, pero convencido de que no se halla en aquel recinto, aparta de él sus ojos para tenderlos por la campiña, y descubrir á lo menos la choza donde se alberga

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

(Continuará.)

BALADAS GALLEGAS DE EBUARDO PONDAL

LIBREMENTE TRADUCIDAS.

I.

La doncella.

La nieve que uces y tojos
Corona en el mes de Enero,
No es de blanca y candorosa
Como su seno
Uces de tierra de Jallas,
Dejadla camino abierto:
Porque sus piés, á pisaros
No estarán hechos.
Ella en ciudad ha nacido.....
¡Uces, que los troncos vuestros
Se separen de sus ropas
Con gran respeto!

II.

La vuelta al hogar.

Cuando dulces golondrinas
Bajo el alero posadas
Descansan de su camino
En pos de la ardiente Africa,
Las amantes viajeras
Con el pico bajo el ala
Durante el gentil silencio
En qué piensan? En su pátria.

Cuando yo era estudiante
Y al dulce albergue tornaba
Lento cruzando á caballo
La yerma tierra de Jallas,
Al trasponer silencioso
Las estériles llanadas
Las riendas abandonando
A discrecion de las auras,
Por la soledad agreste
Pensativo caminaba.

En que iba pensando entónces?
Decidlo, vientos de Baura!

Siempre pensaba en aquella
Dulce doncellita hidalga,
En los palacios nacida,
En las ciudades criada.

EMILIA PARDO BAZAN.

EFEMERIDES DE GALICIA.

Marzo.

10 de 1660.—Nace en Montiel el Obispo de Orense D. Fr. Juan Muñoz de la Cueva, autor del libro titulado *Memorias Históricas de la Santa Iglesia de Orense*.

11 de 1837.—Es sorprendida y derrotada la facción del cabecilla Juan Perez en Sta. Maria de Ferroy, habiéndosele hecho 23 muertos entre ellos dicho cabecilla y cogido 33 caballos y material de guerra.

12 de 1505.—Es de esta fecha un Real despacho mandando que no se cobre en la ciudad de Betanzos á los vecinos de la Coruña que por allí pasen, derechos de pasage, portazgo, anclage, etc

13 de 997.—Muere en Celanova el Obispo de Dumio, Mondoñedo y Santiago S. Rosendo.

13 de 1063.—Llega á Santiago el rey D. Fernando I y su familia.

13 de 1817.—Circular del Ministerio de la Guerra concediendo una cruz de distincion á las tropas del ejército de Galicia del mando del Teniente general D. Nicolas Mahy, por el distinguido mérito que contrayeron en la reconquista de Villafranca del Bierzo y en las sangrientas acciones de Lugo en 18 y 19 de Mayo de 1809.

14 de 1164.—El rey D. Fernando II concede á la Iglesia de Orense y á su Obispo D. Pedro, la de Santiago de Caldas con todas sus pertenencias.

14 de 1802.—Nace en la parroquia de S. Salvador de Camba, provincia de Pontevedra, el Excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Fr. Manuel Garcia Gil. Fué preconizado para el Obispado de Badajoz en 23 de Diciembre de 1853; presentado por S. M. para el Arzobispado de Zaragoza en 16 de Julio de 1858 y preconizado en 23 de Diciembre del mismo año.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

(Remitido.)

La *Cuestion de Oriente* por D. Urbano Ferreiroa Millan, presbítero.

La critica ha pronunciado ya su fallo favorable á esta obra, y no pueden retraerme de dedicarle estas líneas ni los antiguos y profundos casos de amistad que nos unen al autor, ni el temor de herir su delicada modestia.

Los que hasta ahora han hablado de este libro, han convenido en dos cosas; en que está primorosamente escrito y reúne los elementos necesarios para conocer desde su origen y en sus fases mas importantes el histórico y eterno nudo de Alejandro llamado *Cuestion de Oriente*.

Con solas estas dos condiciones y la del palpitante interes de actualidad que despierta su estudio en todos los ánimos, se explica fácil-

mente que esté para agotarse la primera edicion de este libro.

No es este, sin embargo, lo que ha llamado mi atencion, porque sabia de antiguo que este Ferreiroa escribe con galanura, correccion y buen gusto, cosa por cierto bastante difícil á todos los que nacimos y se educan en este rincón de la Península, y no era para mí tampoco un problema que tiene fuerzas y alientos para salir airoso en cualquier empresa literaria que acometa, lo que me ha sorprendido, es que ha hecho un libro de amena y agradable lectura, teniendo por fase una incógnita, y la ha despedido, cosa que parecia reservada á la alta diplomacia, aun á satisfaccion de las inteligencias menos privilegiadas. Cambiar la topografía de las ideas y pintar valles y llanuras, allí donde hay solo riscos pelados y abstrusas montañas, es tarea tan difícil como traducir al castellano cualquier libro krensista ó introducir una dosis de buen sentido, en la mollera, siquiera sea homeopática, de un espiritista, y sin embargo el autor de la *Cuestion de Oriente* la ha realizado con notable desembarazo y especial maestría, convirtiendo este terreno árido é ingrato por donde solo podrian trepar las inteligencias viriles en pintoresco valle de fácil acceso á todo el mundo, en lo cual se revela el inmenso talento periodístico del autor.

En el plan de la obra no aparece solo el periodista eminente, el profundo conocedor de las formas, sino tambien el observador atento que se remonta largos siglos para averiguar las causas generadoras de la crisis que atraviesa el famoso problema oriental; y al enlazar con los acontecimientos actuales el suceso conocido en la historia con el nombre de *Cisma griego*, demuestra que se conserva entre nosotros algo de aquella vasta comprension que inmortalizó á Bossuet como historiador.

Otro atractivo tiene ademas el libro de que tratamos: la novedad. Sin descuidar los variados objetos que ofrece la cuestion, objeto de las meditaciones del autor, háse fijado con particular complacencia en el aspecto religioso, del cual se olvidaban la mayor parte de las gentes con ser el mas fecundo y trascendental en todos los órdenes de la economia social.

Es, pues, un libro que honra la literatura patria y que los gallegos debemos considerar especialmente como justo motivo de orgullo.

Renunciamos á hacer su análisis detenido para dejar íntegro al lector el placer de recorrer sus sabrosas páginas.

Precede al libro una introduccion sobre la civilizacion moderna, en que se ponen de relieve los trascendentales errores que dominan hoy en el campo científico, y se describe la privanza que ejerce el paganismo en las costum-

bres. Muestra aquí el autor su pericia y maestría en el género de-criptivo sin caer en vulgaridades de que no están exentos aun los escritores de mas nota.

En el primer capítulo sobre el eisma griego, donde demuestra vastos conocimientos en la historia eclesiástica, describe la caída de la iglesia oriental, fecunda en ilustres y preclaros ingenios, su vida de bochornosa esclavitud y la degradación en que cayó desde su separación de la que es cabeza y fundamento de todas las iglesias particulares, de la iglesia romana. Desde entonces «la iglesia griega dice el Sr Ferreiroa, semejante á las momias egipcias, conservadas hasta nuestros días, vive como en un sepulcro, sin dar muestra alguna de vida y de energía.»

En el segundo capítulo se estudia la importancia política de la cuestión de Oriente, y especialmente la fisonomía del carácter ruso, que tanto interesa en los actuales momentos, así como la bochornosa debilidad de las potencias occidentales.

Examira el Sr. Ferreiroa en el tercer capítulo la faz religiosa del problema oriental. El autor abraza generosas esperanzas de reconciliación entre el Oriente y Occidente como resultado de la guerra actual que deseamos se realicen. En el capítulo sobre el movimiento católico, que sigue en orden al anterior, pinta ese hermoso espectáculo que están dando al mundo los católicos con su celo y actividad y sobre todo con las peregrinaciones.

El libro concluye con un verdadero estudio sobre Rusia, que interesa en alto grado, otro sobre Turquía y el testamento de Pedro el Grande, documento acerca de cuya autenticidad podrá dudarse, pero no de su verosimilitud, porque refleja de un modo admirable las aspiraciones rusas.

Tal es el libro que ha dado á la estampa el ilustrado redactor del *Siglo Futuro*, cuya primera edición está para agotarse. Nosotros no podemos menos de felicitarle con entusiasmo por esta su primera obra, que es prenda segura de que no será la última que salga de su bien cortada pluma.

CELEDONIO OSORIO:

MISCELÁNEA.

El Doctor Lopez de la Vega ha alquilado vitaliciamente en *El Comercio Gallego* la sección de folletín, y parapetado en esa especie de sótano de la prensa, disparando proyectiles de grueso calibre contra el sentido común, la gramática y la literatura.

Empezó propinándonos una *Perla del valle*, que no era sino una pildora cuyos efectos tóxicos superan con mucho á los venenos de mas terrible celebridad en la Edad Media.

¡Que novela *La Perla del vallet*!

Estuve tentado á reproducir los párrafos más lastimosos de esta obra en la miscelánea de EL HERALDO: pero ¿qué diría *El Faro de Vigo* al ver que relegáramos al olvido sus mas famosas frases, por copiar las de un rival suyo?

Es preciso—me dije—que ignore *El Faro* que aún hay en Galicia quien escribe tan mal como él.

Y me callé como un muerto.

Pero hoy me encuentro con que el *Doctor*, cansado de hacer *perlesias*, arremete á la fisiología y á la ciencia económica desde el susodicho sótano con un artículo titulado «¿Puede y conviene que la mujer reciba una instrucción médico-quirúrgica completando al título profesional correspondiente?»

Y, vamos, es imposible seguir callando. O desahogo, ó reviento.

«Pulsen su lira las poetisas como los poetas... y á ambos les diremos con el delicado médico-poeta Vicenti:

Y si queréis que el universo os crea
Dignos del lauro que ceñís la frente
Que vuestro cánto enérgico y valiente,
Digno tambien del universo sea.»

Ustedes son testigos de que Quintana ni antes ni despues de muerto hizo mal alguno á nuestro doctor. A mi me consta que Vicenti no profesa odio alguno á Lopez de la Vega, antes bien le parece uno de nuestros escritores mas divertidos. ¿Con qué derecho, pues, se atreve el folletimista á remover las cenizas del gran Quintana, manoseando de paso el nombre de uno de los poetas gallegos contemporáneos mas justamente admirados?

Porque nosotros no reconocemos el derecho de la ignorancia.

Y continua el doctor:

«.. pero no aboquemos porque se entronice; (la mujer) bajo auspicios masculinos.»

¿Han entendido Vds?

Porque, lo que es yo, vamos, no me atrevo á entenderlo.

Conchuyamos con una pregunta:

¿Puede y conviene que la mujer reciba la instrucción médico-quirúrgico-literaria de los escritos del Doctor Lopez de la Vega?

¡Bajo ningún auspicio! contestaremos.

* *

Con las manos en la masa, como suele de-

cirse, no llega á nuestro poder *El Faro de Vigo* portador de un cartel de desafío, en forma de artículo, del susodicho Doctor, consagrado á defender de nuestras censuras aquella especie de poesía, de que en uno de nuestros números anteriores nos hemos ocupado, debida,—asi por lo menos lo daban á entender los diarios de la Coruña—á la pluma del Sr. Perez Costales, Doctor tambien, aunque no afortunadamente homeópata ni procedente de las universidades hannemanianas del rio de la Plata.

Quéjase en ese artículo el autor ambi-dextro de los *Asesinos de la virtud*. (novela) y *El claustrero materno* (estudio tocológico) de nuestra ligereza al ocuparnos de pasada, como lo requería el asunto, de *El dedo en la llaga*; y á vuelta de un largo discurso apologético de esta composición, nos califica de poetas *lúbricos* comerciantes de ideas, y no recordamos que otras lindezas más.

El Doctor Lopez de la Vega es muy dueño de defender cuanto guste y hasta donde guste, no solo á su compañero de profesion el ex-Ministro de Fomento Sr. Perez Costales, sino á todo el Proto-medicato que de su defensa necesite.

Lo que el Sr. Lopez no puede hacer es ofendernos suponiéndonos lo que él sabe muy bien que nunca hemos sido. ¡Comerciantes de ideas!

¿Si habremos nosotros, sin saberlo, dedicado algun poema titulado *Armonias de la religion* al Sr. Arzobispo de Santiago, á cambio de un puñado de calderilla, recogida en el zaguan del palacio episcopal de mano del Provisor de S. I?...

¿Si nos habremos visto nosotros en la tristísima necesidad de mendigar del difunto emperador de los franceses una limosna de 500 francos recojida á guisa de saco de beneficencia, sobre la cubierta de un libro de versos, desdeñosamente devuelto sin abrir?...

¿Si habremos apelado por medio de una elegia-memorial, escrita con motivo de una desgracia de familia, á los caritativos sentimientos del Sr. Marqués de Salamanca, ó habremos adquirido con la publicacion de una *Historia de la fabricacion del chocolate* que por esos mundos corre con el nombre de un conocido fabricante de ese soconusco, la seguridad del cotidiano desayuno para nosotros y para nuestras familias?....

Por lo demás, tiene razon el Sr. Lopez: «La poesia del Sr. Perez Costales, en cuanto á la forma no pertenece al *endecasílabo*, ni á la *silva*, ni al *romance*, ni al *asonante disílabo* ni á nada. Eso ya lo sabíamos, es mas, ya lo habíamos dicho nosotros, y no valia la pena de que el insigne Doctor se molestase en repetirnoslo.

«Es un trabajo descriptivo—continúa—que

participa del metro de la oda de *Manzani*, (habrá querido decir *Manzoni*) y de la *portuguesa* de *Castilho* » No tenemos el honor de conocer á esa señora lusitana, que no debe ser parienta del poeta ciego; pero si *El dedo en la llaga* sobre parecerse á *Matthus*, Eugenio *Suè*, *Espronceda*, *Heredia* y otros, resulta que tambien se parece al autor de *I promisi sposi* y *Camocens*, queda perfectamente en pié todo cuanto acerca de esa apreciable produccion hemos dicho; esto es, que *El dedo en la llaga* tiene algo que ver con todo el mundo menos con las reglas del arte....

El Sr. Lopez termina su artículo retardandonos á una discension respecto del asunto, y nosotros que á fuer de corteses no podríamos soportar la abrumadora honra de discutir con tan terrible polemista, no podemos menos de confesarnos de antemano completamente derrotados, declarándonos en vergonzosa fuga.

Porque nosotros en cuestiones de critica literaria en Galicia, solemos hacer lo que nuestros paisanos en Castilla, en los años de abundancia de *paja*:—Segar, para que otros aten.

SECCION DE NOTICIAS

Nos consta que hace algunas noches una de nuestras mas bellas paisanas tuvo la necesidad dolorosa de abandonar el teatro por un furibundo dolor de muelas, caminando precipitadamente á la Farmacia del Sr. D. P. G. Rivera en busca de un frasco de Licor del Polo que le calmó en el acto el dolor y pudo alegre volver á ocupar su palco. Pero ¡por Cristo! Existiendo afortunadamente un específico tan eficaz como es el Licor del Polo, el cual, no solo tiene la gran virtud calmante, si que tambien la preservativa, precaviendo su uso toda clase de enfermedades de la dentadura, se concibe que tan tontamente se esté padeciendo cuando tan fácilmente puede evitarse? Hace tiempo venimos oyendo á todo el mundo: «Desde que uso el Agua del Polo no he vuelto á tener un flemon:» á otro: «desde que gasto el específico de Orive no sé lo que son dolores de muelas;» á aquel: «el Polo de Orive me ha endurecido la dentadura de tal modo que ahora parto piedras, cuando antes me era imposible morder el mazapan;» al de mas allá: «me iba quedando sin muelas hasta que conocí el Licor del Polo de Orive, su empleo me ha detenido las cáries que antes me corroian toda la dentadura: no han progresado, se han paralizado las que tenia y no he vuelto á notar ninguna nueva picadura,» y á este tenor á todo el mundo oímos encomiar el Licor del Polo. ¿Por qué, pues, se sufre de la dentadura?